





“Ahora todo ocurre tan rápidamente que no puedo seguir el ritmo. No espero que me entiendas. Tú no has visto nada de esto y, aunque lo intentaras, jamás podrías imaginártelo. Éstas son las últimas cosas. Una casa está aquí un día y al siguiente desaparece. (...) Cuando vives en la ciudad, aprendes a no dar nada por sentado. Cierras los ojos un momento, o te das la vuelta para mirar otra cosa y aquella que tenías delante desaparece de repente. Nada perdura, ya ves, ni siquiera los pensamientos en tu interior”.

El país de las últimas cosas, Paul Auster, 1994.

Londres es reflejo de la exaltación de lo urbano, ciudad siempre en movimiento. Últimamente la ciudad está siendo escenario de cambios a los que nos resulta imposible seguir el ritmo. Cambios que se presentan de manera imprevisible y que se desarrollan a gran velocidad siendo difíciles de interiorizar y, por tanto, gran fuente de incertidumbre.

Es innegable que todo cambia, las esferas del yo y de la ciudad están en continuo diálogo y movimiento, es decir, me muevo yo y también se mueve mi entorno. A pesar de nuestros deseos de parar el tiempo, nada es fijo, todo se transforma.

Aun así, como dice Gaston Bachelard, “*más vale vivir en lo provisional que en lo definitivo*”. Todo se vuelve posible cuando nada es permanente. Viviendo en lo provisional, todas las opciones pueden considerarse; las decisiones pueden ser aceptadas y, a la vez, rechazarse, con la seguridad de que nada permanecerá. El cambio puede ser entonces una **certeza**, una garantía de seguridad.

Quizás, esta forma de entender el cambio como una posible certeza nos dé respuesta a la cuestión sobre cómo descubrir la esencia de lo está en perpetua inestabilidad. ¿Cuál es la esencia del *espacio*, de la *ciudad* y del *ser* cuando todo se encuentra en movimiento?

Pienso que la esencia no debe entenderse como contenido, no es algo fijo a capturar, sino que se descubre en estos intercambios entre el ser y su entorno.

El cambio es, pues, catalizador de la esencia.

Mi experiencia no es más que un modo de reforzar esta reflexión. Unos meses viviendo en lo provisional, en un viaje de continua adaptación, a veces causa de desestabilidad e incertidumbre y, otras, de ilusión y confianza; son vivencias que moldean una lente caleidoscópica con la que mirar el mundo.

La esencia del yo y del espacio a través de la Royal Academy.

Si algo define al espacio-museo es su carácter cambiante. Por un lado, los espacios se ven modificados por cada exposición temporal; el *Architecture Studio* muta cada poco tiempo a través de proyectos que exploran y cuestionan la arquitectura, sus nuevas fronteras y su relación con la sociedad. Cada trimestre se transforma en espacio desvelador de arquitecturas emergentes, en un laboratorio de diseño o en espacio de realidad virtual.

Esta forma de entender la arquitectura, intersecada con el arte, la performance o la investigación refleja la necesidad de la Royal Academy de dialogar con todo lo que le rodea y de adaptarse a las nuevas audiencias. Otro argumento de que, como institución, está sujeta a ser alterada; sus criterios expositivos necesitan mutar con el tiempo.

Además, su estructura arquitectónica se ha visto desde su origen atada a la modificación. La sede de la Royal Academy es el resultado de fragmentos que han ido incorporándose a lo largo del tiempo, atendiendo a las diferentes necesidades. En Mayfair desde hace 150 años, la colección pasó de angostarse en un espacio doméstico, *Burlington House*, mansión del siglo XVII, a consolidarse como una gran manzana anexionando *Burlington Gardens*, un antiguo edificio de la universidad, recientemente transformado por Chipperfield.

Este mapa mutante de fragmentos dialoga con los propios cambios de la ciudad, comportándose como un espacio público más de Londres, concurrido y vivo. Como he aprendido estos últimos meses, los lugares urbanos más públicos pueden tornarse íntimos, descubriéndose como nuevos lugares de interioridad.

Las prácticas me han permitido ponerme en la mirada de artistas, arquitectos y diseñadores cada semana en conferencias, debates, proyecciones o simplemente en cualquier charla durante la comida. Descubrir la realidad a través de otras palabras y otros ojos nos hace partícipes activos de lo que estamos observando. En este sentido, para mí, la persona, el *yo*, se postula como imprescindible en la comprensión del espacio-museo.

La Royal Academy es, pues, enlace, un plano tangente de las esferas de lo público y del ser. Su esencia se descubre al incorporar nuestra identidad en lo concurrido, haciéndola dialogar con la expresión de la ciudad.

El sentido de la arquitectura museística está lejos de ser un espacio neutro, aséptico, un continente que pasa desapercibido. La Royal Academy se me desvela como un espacio de mediación, como ***lugar***.

Quiero agradecer a la Fundación Arquia la oportunidad de haber sido parte del *Architecture Team* durante seis meses, compartiendo tiempo e ideas con Gonzalo, Hana, Helen y Kate, que me acogieron como a una más en el equipo y me acompañaron durante la incertidumbre.